

Los Libros

“TRES CLÁSICOS INGLESES DE LA PAMPA”, por *Enrique Espinoza*.

Editorial Babel, Santiago de Chile

Enrique Espinoza, que ya indagara la realidad del espíritu criollo en un libro anterior a través de Sarmiento, Hernández y Lugones, prosigue esta tarea en *Tres Clásicos Ingleses de la Pampa*, donde analiza la obra de F. B. Head, Hudson y Cunninghame Graham.

El capitán F. B. Head es el autor de *Las Pampas y los Andes*, publicado por Ingenieros —todavía no se ha hecho el recuento de todo lo que a Ingenieros se le debe y en cuántos caminos fué un precursor— en la colección “La Cultura Argentina”. Se trata de uno de los primeros reflejos literarios de esa vida nacional —argentina y a la vez americana en sus rasgos— que la independencia proclamada poco antes debía estabilizar y acentuar. “Head encabeza significativamente la lista en inglés de los nuevos intérpretes”, dice Espinoza. Literariamente, ese ingeniero de minas que se convierte en escritor, es el primero en glosar el paisaje de la Pampa. (Sarmiento apreció sus descripciones). Pero esto no es todo. Espinoza se detiene muy especialmente y con toda justicia en algunas afirmaciones de Carlos Alberto Aldao, traductor y prologuista de Head en la ya nombrada edición, y subraya este juicio: “Su tendencia a la libertad —dice Aldao de Head— lo hace simpatizar y connaturalizarse con la vida gauchesca y comprender la del indio”. Es en base a se-

mejante amplitud espiritual que Espinoza lo considera "el primero de nuestros clásicos ingleses, un verdadero adelantado en el camino que habían de recorrer Hudson y Cunninghame Graham". Lo cual habla a su vez de la amplitud del enfoque de Espinoza. En el caso de Head como de Hudson y Cunninghame Graham, es posible concertar muchos malentendidos. Hudson no es sólo un naturalista aficionado, ni tampoco un enamorado de la naturaleza al modo de todos aquellos que han simbolizado en su contacto un idealismo vacío, que en el fondo era evasión, y desapego por el destino del hombre. Espinoza destaca acerca de Head todo lo que hay en él de coincidente con la actitud esencial de Hudson. Head como Hudson y antes que él, admiró nuestro paisaje pero sobre todo admiró la capacidad del hombre de esta tierra de vivir una existencia libre, desasido de lo material.

Cuando Hudson murió hace treinta años en Londres (precisamente en agosto de 1922) casi desconocido era su nombre entre nosotros. La extensión de su fama en su tierra natal debe no poco a Espinoza como crítico y aun como editor. El libro muestra el sentido de su vieja devoción. Abarca toda la personalidad del autor de *Allá lejos y hace tiempo*, comenzando por los rasgos literarios, que hicieron su prestigio en Inglaterra y que justifican la admiración de los más grandes escritores británicos. (El elogio de Joseph Conrad, que dijo que Hudson escribía como crecen los pastos, es el mejor compendio de su prestigio). Pero para Espinoza, como en el caso de Head, hay algo más. Reivindicamos a Hudson como nuestro no sólo porque escribiendo en inglés pensara probablemente en castellano, ni porque amó nuestros pájaros, ni porque sintió como nadie el paisaje tan inmediato a nosotros. Como antes Head, y con mayor hondura, admiró la dignidad humana del hombre de la pampa. ¿Qué otra cosa que esa admiración expresa *El Ombú*? Y es tan definitivamente adicto al sentimiento de la libertad que reconoce a la gente de la tierra purpúrea "que Inglaterra perdió" hasta "el derecho de asesinarsé a gusto por la libertad". "Porque no sólo de pan

vive el hombre —dice Hudson con característica seriedad y también característico sentido del humor— y la ocupación inglesa de un país no brinda cuanto el corazón anhela”.

“La naturaleza lo había hecho contemplativo y soñador —anota Espinoza— pero de ninguna manera sordo y mudo ante la injusticia”. Como escritor y como persona “comprende el fenómeno antinatural del capitalismo”. “Fustiga especialmente la brutalidad de los propietarios ingleses”... y “abunda en salidas de sorda oposición al culto del dinero acumulado o por acumular mediante la búsqueda inhumana del mismo”. Esto no quiere decir que Espinoza desequilibre su retrato describiendo un Hudson falseado por exceso de revolucionarismo, sino que nivela los rasgos más conocidos con aquellos otros en los cuales el culto oficial de Hudson repara menos o no acentúa tanto. “Su amor por lo bello tiene ante todo sentido humano”, dice Espinoza, y este concepto nos parece fundamentalmente y el que de valor a esta otra apreciación de Espinoza que tiene carácter definitivo en cuanto a Hudson: “Es el primer contemporáneo que logra dar expresión universal al espíritu criollo”.

Ya puede advertirse que el examen de Espinoza no tiene nada de convencional y en el mismo estilo se plantea la personalidad de Cunninghame Graham, a quien no se conforma con llamar don Roberto y en quien ve algo más que un pintoresco quijote escocés con recuerdos de aventuras de la pampa, y erudito en caballos y sus aperos. Espinoza descubre y aprecia en Cunninghame Graham —el amigo de Bernard Shaw— todo aquello que hizo de él ese “singularísimo” ejemplar humano como en su dedicatoria lo puntualizó Hudson. Por esa aptitud para iluminar lo esencial es que este pequeño libro resulta digno de la eficacísima definición que acuñó Espinoza en el título. Hudson, Head y Cunninghame Graham son clásicos de la pampa porque en su obra puede hallarse el testimonio más vivo —“clásico” sugiere lo para siempre vivo y no lo fosilizado o muerto, como supone— sobre el verdadero espíritu del hombre

de esta tierra en un tiempo en que su excelencia de alma no tenía observadores ni cronistas.—B. V. DAVAR.



“HIJO DE LADRÓN”, novela de *Manuel Rojas*. Editorial Nascimento. Santiago, 1952

No son ecuanímenes los escritores chilenos que permanentemente se quejan de falta de lectores desconocidos para sus obras. En este terreno todo es, a fin de cuentas, cuestión de calidad. El público lector, de alguna manera, sabe a qué atenerse. Ultimamente se ha producido un suceso que lo comprueba. Manuel Rojas publicó a fines del año pasado su novela *Hijo de Ladrón*. La crítica demoró en aparecer. Cuando por fin irrumpió en elogios, la novela, por sus propios medios, ya se había robado el interés de los lectores y estaba a punto de agotarse. La edición era de cuatro mil ejemplares y se consumió en pocos meses. Y, como al público hay que complacerlo, luego apareció una segunda edición que hoy anda también por todas partes, de mana en mano, y está par aparecer una tercera.

¿Qué atractivo especial tiene *Hijo de Ladrón* que ha monopolizado tanto interés a su alrededor? El tema, las peripecias del bajo pueblo, ya había sido ampliamente tratado por otros novelistas como Joaquín Edwards Bello, Alberto Romero, Carlos Sepúlveda Leytón, Nicomedes Guzmán y otros; su forma de desarrollarlo, haciendo uso arbitrario del factor tiempo y llevando a veces dos argumentos que se trenzan y vuelven a separarse, tampoco es nueva, pues algunos autores norteamericanos, en particular William Faulkner, ya la habían empleado con una antelación de varios lustros. Lo que ha impuesto esta novela es, en puridad, su estilo. Un estilo eminentemente funcional. Manuel Rojas, escritor antirretórico, pero no por eso apoético ha dejado de lado los ritmos y las metáforas. Las palabras suyas están siempre al servicio directo del argumento.